



Hacia una universidad más humana. ¿Es superior la educación superior?

Autor: González Geraldo, J. L.

ISBN: 978-84-9940-994-8

Editorial: Biblioteca Nueva

Año de edición: 2014

Lugar de edición: Madrid

Nº Edición: 1ª

Nº páginas: 179

Idioma: Español

En tiempos de incertidumbre, la respuesta educativa no debe quedarse en la mera descripción de la realidad universitaria, más bien debería dinamizar acciones de cambio. Se trata de otra manera de proceder que limita el tiempo de discusión sobre la necesidad y utilidad del cambio en la universidad, para centrar los esfuerzos en promover experiencias pedagógicas de intervención e innovación. Pero, ¿hacia dónde debe apuntar el cambio?, La superioridad de una universidad del pasado centrada en lo cognitivo comienza a ser cuestionada. “Las disciplinas forman parte de la cabeza, y bien pueden transformarse en hábiles manos a través del conocimiento, pero rara vez inundan nuestro corazón” (p.64). Educar no es solo enseñar, de igual modo que enseñar no implica necesariamente aprender. Nos encontramos ante un libro crítico, pero no destructor, de la realidad de la educación superior en las universidades españolas.

La actual reforma, en un intento de acercar la universidad al mercado laboral, así como posicionar el protagonismo de la educación en el alumno, presenta un sistema basado en la adquisición de competencias, entendidas como los logros a alcanzar por los estudiantes. Desde este planteamiento, las competencias garantizan el éxito académico, es decir, la obtención de una buena calificación numérica, pero limitan la creatividad y el progreso humano. Tal y como manifiesta el autor, las competencias nos han ayudado a cambiar la dirección a seguir, aunque son insuficientes para alcanzar el paso de la sociedad del conocimiento a la sociedad de la sabiduría.

La finalidad de la educación no debe estar supeditada al desarrollo económico de la sociedad, de igual modo que lo económico-laboral no debería anteponerse a lo humano. Los estudiantes no pueden ser tratados desde el abstracto como productos. No son recipientes que podamos llenar con el vasto conocimiento que se genera en la sociedad que nos ha tocado vivir. Tampoco se trata de clonar ciudadanos, activos o pasivos, pero cortados por el mismo patrón. La búsqueda de la calidad de la educación superior ha convertido a los docentes en prisioneros del autointerés, no siempre elegido, pero sí establecido. Se trata de profesores que corren bajo los parámetros de excelencia y exclusividad de los Rankings educativos, y que difícilmente podríamos denominar de educadores o maestros. Son instructores que han olvidado que antes de ser profesionales somos personas, y que el alumno aprende no solo, ni principalmente, de lo que se dice, sino de la experiencia vital que transmitimos. Esto ha sido denominado por el autor como “aprendizajes colaterales”.

Pero no está todo perdido. No se trata de destruir la universidad, sino de repensarla, que no es lo mismo que pensar de nuevo. Como reconoce el joven e ingenioso autor, no estamos atados a un modelo tecnocrático-competencial de universidad, existen alternativas que promueven el cambio hacia una universidad más humana que retome, entre otros aspectos, los pilares de Pestalozzi (cabeza, mano y corazón). Una educación liberadora de la educación integradora que reduce el ser humano a un ciudadano con pensamientos secuestrados, como si de una pieza clave en la maquinaria de la sociedad se tratase, aniquilando cualquier oportunidad de cambio, de pasión o de sueños a alcanzar. Una educación que anula la posibilidad de ser feliz.

En el libro se sitúa la felicidad como eje de todo acto educativo, y se rescata el concepto de educación entendido como arte. En lo que respecta a la felicidad se trata de un sentimiento eudaimónico basado en la sabiduría y humanidad. Una felicidad que requiere de confianza en sí mismo y en los demás, y que solo será plena si es compartida. Se trata de una educación que persigue apasionar al otro en algo. Un algo que nace en su capacidad de soñar, de crear, de cuestionarse.

Por otra parte, la educación como arte es aquella que, sin menospreciar lo planificado, es capaz de atender y dar respuesta a las inquietudes y necesidades de sus alumnos. Implica estar dispuesto a salir de lo convencional para sumergirse en el desconcierto de la imprevisibilidad. Se trata de una educación que no ahoga la creatividad, porque las preguntas tienen más valor que las respuestas, y porque las tareas dejan de ser rutinarias, para convertirse en la tercera fuerza motivadora. Una educación que pretende hacer despertar la potencialización del ser humano, reconociendo que el triunfo personal solo es posible desde el triunfo colectivo.

Desde estas premisas, el progreso humano debe contribuir a la armonía social, de igual modo que la educación debe contribuir a hacer el mundo más habitable. Un mundo donde la felicidad no es equiparable a la acumulación material, sino al reparto

equitativo. Un mundo donde los ciudadanos son capaces de anteponer el beneficio común al propio, donde predomina la confianza en las personas, donde las personas además de ciudadanos son personas.

M^a Ángeles Hernández Prados

Universidad de Murcia

mangeles@um.es